

ORACIÓN III DOMINGO DE ADVIENTO

**“Volverán los rescatados del Señor. Vendrán a Sión con cánticos:
en cabeza, alegría perpetua; siguiéndolos, gozo y alegría. Pena y aflicción se alejarán.” (Is 35,10)**



La Navidad ya está cercana y esta semana se llena de alegría, que nace del profundo gozo de sabernos acogidos y amados por nuestro Dios, que nos quiere sin medida y que continuamente viene a nosotros para darnos ánimos y para llevarnos hacia adelante, hacia nuestro encuentro personal con el mismo Dios que nos busca y jamás nos abandona.

***La Iglesia nos invita a vivir la alegría del Evangelio
(Papa Francisco, cf.: Ángelus, 15 de diciembre de 2013)***

«El tercer domingo de Adviento, llamado también domingo de Gaudete, es el domingo de la alegría. En la liturgia resuena repetidas veces la invitación a gozar, a alegrarse. ¿Por qué? Porque el Señor está cerca. La Navidad está cercana. El mensaje cristiano se llama «Evangelio», es decir, «buena noticia», un anuncio de alegría para todo el pueblo; la Iglesia no es un refugio para gente triste, la Iglesia es la casa de la alegría. Y quienes están tristes encuentran en ella la alegría, encuentran en ella la verdadera alegría.

Pero la alegría del Evangelio no es una alegría cualquiera. Encuentra su razón de ser, en el saberse acogidos y amados por Dios. Como nos recuerda el profeta Isaías, Dios es Aquél que viene a salvarnos, y socorre especialmente a los extraviados de corazón. Su venida en medio de nosotros fortalece, da firmeza, dona valor, hace exultar y florecer el desierto y la estepa, es decir, nuestra vida, cuando se vuelve árida. ¿Cuándo llega a ser árida nuestra vida? Cuando no tiene el agua de la Palabra de Dios y de su Espíritu de amor.

Por más grandes que sean nuestros límites y nuestros extravíos, no se nos permite ser débiles y vacilantes ante las dificultades y ante nuestras debilidades mismas. Al contrario, estamos invitados a robustecer las manos, a fortalecer las rodillas, a tener valor y a no temer, porque nuestro Dios nos muestra siempre la grandeza de su misericordia. Él nos da la fuerza para seguir adelante. Él está siempre con nosotros para ayudarnos a seguir adelante. Es un Dios que nos quiere mucho, nos

ama y por ello está con nosotros, para ayudarnos, para robustecernos y seguir adelante. ¡Ánimo! ¡Siempre adelante!

Gracias a su ayuda podemos siempre recomenzar de nuevo. Tú puedes recomenzar de nuevo. ¿Por qué? Porque Él te espera, Él está cerca de ti, Él te ama, Él es misericordioso, Él te perdona, Él te da la fuerza para recomenzar de nuevo. ¡A todos! Entonces somos capaces de volver a abrir los ojos, de superar tristeza y llanto y entonar un canto nuevo. Esta alegría verdadera permanece también en la prueba, incluso en el sufrimiento, porque no es una alegría superficial, sino que desciende en lo profundo de la persona que se fía de Dios y confía en Él.

La alegría cristiana, al igual que la esperanza, tiene su fundamento en la fidelidad de Dios, en la certeza de que Él mantiene siempre sus promesas. El profeta Isaías exhorta a quienes se equivocaron de camino y están desalentados a confiar en la fidelidad del Señor, porque su salvación no tardará en irrumpir en su vida. Quienes han encontrado a Jesús a lo largo del camino, experimentan en el corazón una serenidad y una alegría de la que nada ni nadie puede privarles. Nuestra alegría es Jesucristo, su amor fiel e inagotable. Por ello, cuando un cristiano llega a estar triste, quiere decir que se ha alejado de Jesús. Entonces, no hay que dejarle solo. Debemos rezar por él, y hacerle sentir el calor de la comunidad.

Que la Virgen María nos ayude a apresurar el paso hacia Belén, para encontrar al Niño que nació por nosotros, por la salvación y la alegría de todos los hombres. A ella le dice el Ángel: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1, 28). Que ella nos conceda vivir la alegría del Evangelio en la familia, en el trabajo, en la parroquia y en cada ambiente. Una alegría íntima, hecha de asombro y ternura. La alegría que experimenta la mamá cuando contempla a su niño recién nacido, y siente que es un don de Dios, un milagro por el cual sólo se puede agradecer.»

Meditación

El corazón del hombre desea la alegría. Todos anhelamos la alegría: jóvenes y mayores, abuelos y nietos, nuestras familias y amigos, nuestros dependientes y los que los cuidamos, en nuestras residencias y centros de día, en nuestros pueblos y ciudades..., desean ser felices. ¿Pero cuál es la alegría que el cristiano está llamado a vivir y testimoniar? Es la que viene de la cercanía de Dios, de su presencia en nuestra vida. Jesús vino a traer la alegría a todos y para siempre. No se trata de una alegría que sólo se puede esperar o retrasar para el momento que se llegue al Cielo, como el que dice que: “aquí en la tierra estamos tristes, pero en el paraíso estaremos alegres”. ¡No! No es ésa, sino una alegría que ya es real y posible de experimentar ahora, porque Jesús mismo es nuestra alegría, y con Jesús la alegría está en nuestra casa, en nuestra alma, en nuestro ser.

Todos nosotros, y especialmente los mayores, estamos llamados a acoger siempre de nuevo la presencia de Dios en medio de nosotros y ayudar a los demás a descubrirla, o a redescubrirla si un día la olvidaron. ¡Qué gran misión nos ha dado Dios: ¡llevar a nuestros hermanos a Cristo, porque Él es la meta a quien tiende el corazón del hombre cuando busca la alegría y la felicidad!

Seamos pues misioneros de la alegría, llevando ese gozo y esa esperanza especialmente a los ancianos, a los enfermos, a los que sufren. Sólo en Cristo podemos encontrar la paz interior y la fuerza para afrontar cada día las diversas situaciones de la vida, incluso las más pesadas y difíciles. El cristiano es una persona que tiene el corazón lleno de paz porque sabe centrar su alegría en el Señor incluso cuando atraviesa momentos difíciles de la vida. Tener fe no significa no tener momentos oscuros, sino tener la fuerza de afrontarlos sabiendo que no estamos solos. ¡Y ésta es la alegría de la paz y el amor que Dios regala a sus hijos!